

Memoria de Jano: La memoria de la modernización populista en Puerto Rico

por SILVIA ÁLVAREZ CURBELO | Universidad de Puerto Rico, Río Piedras | salvarezcubelo@gmail.com

References

Collins, Patricia Hill

1990 *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. New York: Routledge, 2000.

Hale, Charles A.

2008 *Engaging Contradictions: Theory, Politics, and Methods of Activist Scholarship*. Berkeley: University of California Press.

Rivera Cusicanqui, Silvia

2010 *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Smith, Linda Tuhiwai

1999 *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*. London: Zed Books. ■

“El pasado no puede proveernos de lo que el futuro no logra brindar.”
—Andreas Huyssen

Podría parecer que armar la memoria pública es oficio de los historiadores que, como yo, les apasiona revisitar el pasado, *ese otro país*, como dijera uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, Eric Hobsbawm (2003). Sin embargo, en ese empeño, y quizás como secuela de nuestro nacimiento positivista como ciencia, a menudo tendemos un velo de sospecha sobre las memorias de vida, particulares y aficionadas, por considerarlas muy atravesadas por los acomodos del recuerdo y la inestabilidad de los sentimientos. Ello, a pesar de que cuando nosotros los historiadores examinamos viejos documentos y artefactos o visitamos lugares de larga edad nos reframamos a menudo, con léxico personalizado y sentimental, a sus *texturas*, o a las *voces* que reverberan con cada folio de archivo o curva de la vasija o al *eco* de la piedra caída de la muralla. La memoria nos toca, nos habla, a veces nos saca la lengua. Es, aunque no lo queramos, íntima, sensorial; no por ello menos pública y social.

Por fortuna, desde hace algunos años trabajo en un lugar de fronteras difuminadas: donde la historia y la comunicación —entendida como lugar franco de transacciones de significado en clave mediática o no— comparten narrativas y representaciones; donde hincan tienda las estructuras duras pero donde irrumpen los sujetos para desmontarlas o al menos sacudirlas; donde se dirimen, sin resultado concluyente, las disputas entre lo público, lo privado y lo íntimo, incluyendo la memoria.

Pública o íntima; más filtrada por los métodos o más anarquista, la memoria nos hace habitantes de un mundo o de varios

—presenciales o inducidos tecnológicamente—, parte de una familia, compañeros de escuela o de Facebook, esa fe virtual que nos provee de identidad y de comunidad en red. Sin la línea de transmisión —aunque maltrecha— que la memoria nos provee, quedaríamos descarnados, sin piel o desalmados, sin alma, seamos historiadores protegidos por el método o audiencias viendo un episodio de la iluminadora serie mexicana *El Chavo del Ocho*, por enésima vez, antes de que la clase media puertorriqueña perdiera su inocencia.

Algunas de las dislocaciones de la memoria aquejan con particular agudeza y costos culturales a las sociedades contemporáneas. A nadie se le escapa que desde hace algún tiempo se han debilitado o devaluado los mecanismos tradicionales de recuperación de la memoria, como lo son los saberes que se transmiten oralmente en el seno familiar y en los tejidos comunitarios o el reconocimiento espontáneo, museográfico o patrimonial de hitos históricos, artísticos y urbanos. El reconocimiento de nuevas y no tan nuevas generaciones de muchos nombres, eventos y referentes es cada vez más frágil. Sin embargo, lo que parecería ser signo de los tiempos, requiere, en el caso de Puerto Rico, segundas y terceras miradas.

Al inicio de la segunda posguerra, el último gobernador estadounidense de Puerto Rico, Rexford G. Tugwell, escribía en su ácida memoria de sus años en la isla, que la característica más perturbadora de los puertorriqueños era su “impermanencia [*impermanence*]” (Tugwell 2010). Pocos dictámenes sobre la condición puertorriqueña me conmovieron tanto cuando leí las palabras de Rex, el rojo, como le llamaron alguna vez. Ni siquiera aquél —vivito y coleando hasta hoy día— de que Puerto Rico es “una nave al

garete” (Pedreira 1934). Cuando leí a Tugwell, tuve que reprimir las ganas de desestimarlos por “ugly American.” Me alegro que no lo hice.

En su lugar vinieron las preguntas: ¿Desde cuándo esa pulsión de borradura, de cesura, de escamotear memoria? ¿A qué cosas responde? ¿Dependencias, determinismos de la historia y la geografía, aislamientos, minusvaloraciones? ¿Qué queremos borrar o . . . invisibilizar? De lo que sí estoy segura es que nuestra modernización populista, iniciada hace 75 años, se codificó desde la lógica del olvido. Lo ha visto con mucha lucidez Arcadio Díaz Quiñones. Primero, en su ensayo “Recordando el futuro imaginario” (Díaz Quiñones 1984) y luego en un libro imprescindible, *La memoria rota* (Díaz Quiñones 1993). Hablando sobre esa época, con fecha fundacional de 1940, Díaz Quiñones señala: “El pasado era la miseria, otro mundo, otro siglo, otro planeta; cada vez nos hacía menos falta y había que descartarlo para siempre. . . . La modernidad se alimentaba de la destrucción; no se admitía el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna” (1993, 33).

Sigmund Freud señaló alguna vez que la memoria y el olvido están indisolublemente ligados, que la memoria es una forma de olvido, y el olvido, una forma de memoria oculta. “El ‘olvido’ queda . . . restringido por la existencia de recuerdos encubridores” (Freud 1914). Para muchos, la identidad alemana contemporánea se articula desde el olvido/ recuperación culposa por el Holocausto; en Chile, la problemática de la memoria de la dictadura de Augusto Pinochet, el perdón, la justicia o la negación es un significativo de su historia actual, de su literatura —no tenemos sino que leer a Roberto Bolaño. En España, el

juez Baltasar Garzón levanta agradecimientos pero también odios intensos porque piensa que es deber de país la recuperación de la memoria de la Guerra Civil y la adjudicación pública y privada de responsabilidades.

Como en los sueños, cuyos relatos al otro día son ediciones, siempre algo falta o le pusimos algo que no estaba. De cristales rotos en el tiempo, como diría la dramaturga puertorriqueña Myrna Casas, de pasos perdidos en las calles del barrio metropolitano de Santurce, de fotografías en sepia nebuloso y de sentimientos confinados al pliegue más recóndito del corazón trata, por ejemplo, la urdimbre memoriosa de *Felices días, tío Sergio* (1986) de Magali García Ramis, un relato de la ciudad descaminada. Hay memorias tatuadas y memorias cicatrizadas, sólo a la mitad, en este libro que condensa inocencias perdidas, pecados originales, tiempo de dolor y tiempos de felicidad.

Pero el secreto de *Felices días* —un novela de secretos— es que es también una novela sobre el futuro. ¿Qué anticipaciones del deseo, desfilan en Lydia, su protagonista? ¿Cuántas de ellas colindan con las memorias colectivas e individuales de mundos posibles, con relatos de búsqueda de la felicidad que creyeron conquistar la tierra prometida del futuro en el Puerto Rico de hace más de 50 años!

En *Felices días*, Magali García Ramis encuentra los fantasmas de la ciudad, del país y cartografía un mapa de lugares de memoria (Armando Silva, 2006; Pierre Nora, 1992). Mas no sólo recobra las memorias del pasado que han quedado obliteradas a fuerza de *bulldozers* que desplazaron al cine de barrio, a la farmacia de las maravillas o a la cafetería de las tardes, sino también las memorias del futuro que se construyeron en aquellos

mismos lugares. Porque si en algo se caracterizaron las décadas de 1950 y 1960 fue por las batallas, las negociaciones y las reconciliaciones entre el álbum conocido de las rutinas y modales, de los espacios recorridos una y otra vez y las páginas llenas de fantasía futurista sobre el mundo del porvenir.

Será siempre ganancia que podamos saber que la ciudad de San Juan, antes ser una ciudad desparramada e imposible de manejar, fue una ciudad que se podía recorrer desde el casco viejo hasta Río Piedras en el trolley; que el playero Isla Verde era un margen tropical lleno de palmeras; que por muchos siglos San Juan estuvo murada; y que, a partir de cierta hora, nadie podía entrar desde la isla a su recinto (Sepúlveda-Rivera 2004). Pero, también, entender que siempre hubo quien quisiera que no hubiera murallas para que la ciudad creciera, que saliéramos de Santurce hacia predios relucientes de nuevo, sin historia, y que hubiese hoteles al estilo de Miami, rascacielos de cristal, y templos para el consumo, como en las películas.

Si en Arcadio Díaz Quiñones, la modernización populista significó un operativo de encubrimiento y represión de la memoria, en la novela de García Ramis, a pesar de los secretos y las cartas escondidas, prima el futuro como imaginación de mundos posibles. Andreas Huyssen (2002) ha titulado su libro sobre cultura y memoria en tiempos de globalización, *En busca del futuro perdido*, trastornando el título de la obra maestra de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*.

En ese diario de niña en tránsito que es *Felices días, tío Sergio*, la novela de Magali García Ramis, las memorias de futuro de Lydia se enhebran con puntadas feroces e

inquietas, como se tejieron en los tiempos de promesa para Puerto Rico. Compuesta de deseos, de utopías y proyectos, las memorias del futuro se cuajaron en la oscuridad del cine, en los libros sobre cómo se vivía en otras tierras, en los secretos de nuestros cuerpos pero también en los discursos políticos que siempre apuntaban hacia delante y hacia arriba. Los deseos, las utopías y los proyectos tuvieron destinos disímiles: algunos fueron descalificados como errores de juventud, otros maduraron aunque un poco maltrechos, otros tantos han sido descartados como falsa conciencia e imperialismo de los cuerpos y los espíritus.

La propuesta populista modernizante articulada por el Partido Popular Democrático —que regentó el poder ininterrumpidamente desde 1914 a 1964— constituyó al moderno pueblo de Puerto Rico mediante su capacidad fascinante y movilizadora de producir un relato de futuro y felicidad donde anteriormente habían cuerpos dolientes y negados al deseo. Como en el mito más arcaico, su visión de la historia y sus relatos legitimadores estuvieron mediados por una energía épica, una lucha contra enemigos extraordinarios y por la promesa de grandes y redentoras conquistas; por el aliento transformador de la palabra iluminada que había regado, como el sembrador, por barrios, campos, ciudades y jaldas para remontar y que le tocaba al pueblo recoger en el día de las elecciones (Álvarez Curbelo y Rodríguez Castro 1993).

Un día, ese aliento iconoclasta y transformador, preñado por el futuro, cayó en nuevas trampas de olvido. En su evasión y mordaza de la memoria social —conducida en secuencia vertiginosas de tránsitos de campo a ciudad, de ciudad a las urbanizaciones o de expulsiones

(recordemos la emigración de un cuarto de millón de puertorriqueños en menos de una década)— el populismo no nos condujo a la explosión sino a la implosión de la memoria. Por ello, el Alzheimer es su metáfora triste.

Mientras se alzaban las estructuras emblemáticas de la modernización desarrollista y se dibujaba a marchas forzadas un mapa del progreso, cargando aún con las costumbres patriarcales, como saco de huesos viejos que no sabíamos dónde poner, la modernización populista no sólo dejó atrás el pasado sino también el futuro.

Quemamos etapas, quizás porque no había otro remedio, y quedamos imantados a ritmos y apariencias de una sociedad desarrollada cuando todavía estábamos aprendiendo a ser modernos (Latour 2007). En esta, si se quiere, modernidad inconclusa o pasmada se trastornaron para siempre nuestras geografías y memorias de lugar. El futuro, tiempo de nuestras aspiraciones, se desinfló como se agotaron las grandes utopías totalizadoras del progreso o de la revolución. Los fragmentos de la sociedad moderna que nunca llegamos a ser fueron capturados por otras seducciones, por el tiempo eterno de la fuga religiosa, por la evasión incesante del reino de lo inmediato, por la compensatoria evasión de la moda, por la estridencia de los *reality shows* o los programas diarios de chismes.

Qué no haya duda alguna. Los haberes del populismo —aplaudidos u odiados en los tiempos de Lydia y en los tiempos actuales— son todavía magníficos: la dignificación del voto, la extensión de un estado de derecho a todos los sectores de la población, la creación de instituciones que liberaron la gestión pública del azar y del arbitrio, la extinción de servidumbres

económicas y sociales. No obstante, en una combinación inédita, el populismo nos condujo en simultáneo a una modernidad optimista y liberada de retrancas de la historia y del espíritu y a una modernidad sospechosa de la disidencia y de la diferencia, chata a la hora de crear mundos alternos de mayor emancipación y equidad social.

No hay mejor clave para la secuencia de muertes y resurrecciones, de inclusiones y expulsiones, de batallas por el tiempo que fue la modernidad puertorriqueña, que esa danza bailada en la novela de García Ramis por Mamá y Tío Sergio. Ante los ojos anhelantes y a la vez aterrados de la niña-mujer, giraba el cuerpo deseado del tío Sergio que a los acordes de *Felices días* representará para siempre, en la niña, el tiempo perdido de la felicidad.

Para su libro *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social* (2009), el sociólogo del Derecho y agudo comentarista de lo contemporáneo, el portugués Boaventura de Sousa Santos, adelantó el concepto de sociología de la emergencia que, junto al de la sociología de las ausencias, constituyen una ecología alternativa del conocimiento. Emergencia en la doble hélice de algo que emerge, aún incompleto pero con las condiciones de posibilidad delineadas; y también en el sentido de saber urgente, que se precisa, para construir mundos posibles y emancipados.

Pienso que la memoria populista puertorriqueña, en todas sus acepciones constitutivas y performativas, es lugar de emergencia y saber emergente. Requiere su manejo de abordajes que den cuenta de su complejidad y de su actualidad y en lo posible que se alejen de la lógica del dedo acusador como también de los humos nostálgicos o escapistas. Puerto Rico es hoy

por hoy una sociedad con nuevas batallas del tiempo, sediento de anclajes amables pero también de fugas que liberen a la imaginación. Desde siempre, la memoria ha sido reino de Jano.

Referencias

Álvarez Curbelo, Silvia, y María Elena Rodríguez Castro

1993 *Del nacionalismo al populismo: Cultura y política en Puerto Rico*. San Juan: Huracán.

Bolaño, Roberto

2000 *Nocturno de Chile*. Barcelona: Anagrama.

Díaz Quiñones, Arcadio

1984 "Recordando el futuro imaginario: La escritura histórica en la década del treinta." *Sin Nombre* (San Juan) 6-7, núm. 1-2 (abril-junio): 20-27.

1993 *La memoria rota: Ensayos sobre cultura y política*. San Juan: Huracán.

Freud, Sigmund

1914 "Freud: Recuerdo, repetición y elaboración [1914]." Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. <http://www.elortiba.org/freud30.html>. (Recuperado 10 de marzo de 2015.)

García Ramis, Magali

1986 *Felices días, tío Sergio*. San Juan: Antillana.

Hobsbawm, Eric

2003 *Años interesantes: una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Huysen, Andreas

2002 *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Latour, Bruno

2007 *Nunca fuimos modernos: Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Nora, Pierre, ed.

1992 *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard.

Pedreira, Antonio S.

1934 *Insularismo: Ensayos de interpretación puertorriqueña*. Madrid: Tipografía Artística.

Santos, Boaventura de Sousa

2009 *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sepúlveda-Rivera, Aníbal

2004 *Puerto Rico urbano: Atlas histórico de la ciudad puertorriqueña*. San Juan: Carimar.

Silva, Armando

2006 *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Arango.

Tugwell, Rex G.

2010 *La tierra azotada: Memoria del último gobernador estadounidense de Puerto Rico*. Editado por Jorge Rodríguez Beruff. San Juan: Fundación Luis Muñoz Marín. ■